

LECTURA Y VALORES

Manuel ABRIL VILLALBA

Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura. Universidad de la Laguna (Tenerife)

E-mail: mabril@ull.es

Tengo delante un cartel reciente, sugestivo y extraño, de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez que dibuja un libro-hombre o una biblioteca humana o un lector feliz, con una leyenda: “*Los libros nos hacen*”. O no nos hacen, se me ocurre añadir (y no es simple negación, sino resultado). La misma institución divulgó un cartel anterior anunciando una charla sobre “padres, libros y niños” y resumía que “*leer puede servir para quererse, para jugar, conocer, crecer, reír, leer, comprender, descubrir, soñar, escuchar, además para leer en compañía*”. Son algunas de sus utilidades (sus valores).

“Todo lo que decimos es, de algún modo, *polifónico* (incluye voces previas a la nuestra) o *intertextual* (conecta con ideas de otros textos anteriores)”, escribe Daniel Cassany en *Construir la escritura*, su último libro. Interesa la cita tanto por lo que contiene como por utilizarla en mi favor: tenemos derecho a mantener los tópicos en torno a la lectura, sobre todo si son explícitos, y prefiero seguir defendiendo (hasta ante quien parece situarse por encima de lo que es necesario y útil) que la lectura, que los libros, pueden ser puerta, llave, plano, mapa, cofre, alacena, alimento, sorpresa, vida. Reivindico lo imprescindible.

ALGUNAS IDEAS PREVIAS

Para Victor Hugo “un libro es un engranaje. Vigila esas líneas negras sobre el papel blanco, porque tienen su fuerza: se combinan, se componen y descomponen, se penetran entre sí, cabalgan mutuamente una sobre otra, se dividen, se acoplan, trabajan febrilmente. Tal línea subyuga, tal otra ciñe y apremia, la de más allá cautiva... Las

ideas son otro engranaje. El libro nos hechiza, y sólo nos soltará tras haber dejado su huella sobre nuestro espíritu”.

Pedro Salinas, por su parte, en un ensayo que incluye la defensa de la lectura, establece con fineza la distinción entre *leedor* y *lector*¹. Son leedores “aquellos que poseen los conocimientos suficientes para enterarse del contenido de un texto escrito que necesitan para su formación”. Lector, en cambio, es el que “lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estar con él horas y horas lo mismo que se quedaría con la amada”. Y añade: “*Uno de los defectos del desorden intelectual contemporáneo es que, mientras ha crecido el número de leedores, se ha vuelto rareza la de lectores*”. El diagnóstico anterior puede haber sido originado por la marginación de las humanidades y la especialización, el empobrecimiento cultural de nuestros planes de estudio y de nuestra sociedad. Según opinión de Juan Delval, “una persona capaz de pensar, de tomar decisiones, de buscar la información relevante que necesita, de relacionarse positivamente con los demás y cooperar con ellos, es mucho más polivalente y tiene más posibilidades de adaptación que el que sólo posee una formación específica”². ¡Y los “técnicos” de la educación sin asumir lo que es obvio!

Pero no estoy reflexionando sobre los valores de la lectura. O es con toda propiedad lo que estoy haciendo. Leer es una aventura que empieza en la niñez y que no acaba nunca. Si se ha tenido la fortuna de compartirla desde los primeros momentos o de descubrirla ya con más consciencia, se podrá entender que uno de los valores, quizá el primordial de la letra impresa, es que es precisamente la vivencia del receptor la que condiciona su verdadero significado. Es asunto particular. Lo demás son interpretaciones. De lo que se trata, precisamente, es de permitir su acceso como lectores a cualquier persona. Al nacer con inteligencia todos nacemos dotados de

¹ SALINAS, Pedro (1983): *El defensor*, Madrid, Alianza.

² SAVATER, Fernando (1997): *El valor de educar*, Barcelona, Ariel, p.51.

sensibilidad. Y de la posibilidad de descubrir la maravilla y el misterio. Y de conmoverse y cautivarse. Todo eso puede ser leer: son los primeros valores, acaso los únicos, que nos es dado analizar.

Quizá leer no tenga demasiado sentido. Es la excelente inutilidad de la (buena) literatura. García Márquez escribía hace tiempo: *“Hablando completamente en serio, no sirve para nada”*. No obstante, ha de saberse que es siempre útil de alguna manera. La literatura puede ser aceptada desde una doble consideración: como modelo de transferencia (incidencia indirecta) o como un fin en sí misma. Decantarse por una u otra en cada afectaría a su identidad: el arte es siempre útil de alguna manera, educa la sensibilidad –para algunos la base fundamental de la educación- y suele ofrecer en su mundo referencial estilos de vida y normas de conducta. Las diversas concepciones de la naturaleza y fines de la letra impresa, como han ido primando en diferentes épocas, no han hecho sino ir completando su significación: noticia (memoria), conocimiento (testimonio), enseñanza (adoctrinamiento), evasión (recreación), contemplación (vivencia), catarsis... O en realidad quizá no tenga por qué servir para nada, se trata de una de esas pocas veces en que es suficiente la respuesta “porque sí”.

Lo esperable –y exigible- de y a la literatura no es que dé respuestas. Es suficiente contar con los instrumentos de diverso signo que permitan saber que sí contiene elementos de reflexión. Es tarea del lector (o perceptor) poder acceder a ella y poder descubrirla; y es una construcción que corresponde a los lectores, no a la exégesis de los profesores. Pero hay que dotar a los primeros de recursos para su aprovechamiento en diferentes ámbitos. Poner en disposición de dejarse seducir por ella puede ser suficiente efecto si se consigue³. Utilizando términos de los cuentos populares, se trata de dar la misma relevancia al “donante” (mediador) que al receptor.

³ Invito a la lectura del monográfico “Defensa de la lectura” que publicó la revista *CLIJ (Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil)*, nº 63, 1994. Contiene atinadas reflexiones y propuestas.

“Un curso de literatura no debería ser mucho más que una buena guía de lecturas”, nos había recordado desde la trastienda el Nobel colombiano con rotunda afirmación.

LO QUE ENSEÑAN LOS LIBROS

No sé en realidad si leer es cosa muy educativa, lo único que también sé sobre el particular es que la educación resulta de entrada el motivo menos seductor para dedicarse a la lectura educativa, en lo que coincido con Savater.

Hablemos de las primeras lecturas: lo que enseñan los cuentos, lo intenso y fugaz de la emoción, el desconcierto y las preguntas, las respuestas y los silencios elocuentes no dependen de la “didáctica de la lectura” sino de los mismos libros y de su transmisión. El lector que se va convirtiendo en dueño de la imaginación (sin adoctrinamiento) y sibarita en el placer de leer (sin tener que dar cuentas) entiende que necesita menos pedagogía y más fantasía. El carácter imaginativo –el “aparato imaginativo”- es tan fundamental como el movimiento interior de las relaciones cognoscitivas de los primeros lectores. El mundo interior se va forjando de contradicciones con la multiplicación de existencias –reales o imaginadas, de la vida y de los libros- que van configurando la inteligencia, los afectos y los significados. Así se elaboran imágenes en esta participación múltiple y se construyen tanto el intelecto como la personalidad, el lenguaje y el mundo. Es preferible esta perspectiva global a la parcializada. Igual que es preferible emocionarse con los libros que aprender de ellos: la integración de lo afectivo y lo racional debería constituirse en referente en la enseñanza de la lectura con vistas al presente y al futuro de los humanos en su compleja totalidad.

La intencionalidad de los mismos escritores los va guiando por criterios artísticos y literarios, dejando en segundo plano las intenciones educativas y edificantes. Aparecía en un periódico de tirada nacional una reflexión a propósito de los libros que citaba el titulado *Homo videns* de Giovanni Sartori. Para el articulista este libro es un

grito de alarma “contra la cultura de la incultura” que está imponiendo la televisión, que convierte a los adictos en “sordos de por vida a los estímulos de la lectura y del saber transmitidos por la cultura escrita”. Las imágenes a las que he aludido arriba no son las del poder envolvente que produce la ilusión de saber y de información, me refiero a las que permiten la construcción de significados y de sentidos, a las que propician la creación de conceptos y de mundos, las que son requeridas para que pueda nacer la creatividad individual, las que nacen de la estética y amplían lo literario, las originarias. Si en el principio fue la palabra, parece defendible la simultaneidad y hasta el mestizaje de lenguajes en la vida moderna, son medios que pueden convivir sin excluirse.

Concluyo este apartado con una cita de Voltaire: *“Los mejores libros son aquellos en los que los lectores hacen ellos mismos la mitad del trabajo; extienden los pensamientos donde sólo están en germen; corrigen aquello que les parece defectuoso y refuerzan con sus reflexiones aquello que les parece flojo y poco elaborado”*. Esta participación activa, creadora y libre requiere entrenamiento en el auténtico aprendizaje de la lectura, y a la vez respeto a la construcción individual para no coartar la capacidad creadora. Que el lector se convierta en coautor (desde los primeros pasos en la lectura) es requisito imprescindible para llegar a descubrir los prodigios y los valores de la letra impresa, sea en forma de cuentos, poesía o narrativa.

LA CREATIVIDAD

“La creatividad (lectora o escritora) es una capacidad revitalizante y reestructurante; puede ser un antídoto ante la tristeza, el abatimiento y las penurias diarias”⁴. Quien así se expresa viene defendiendo las destrezas que la escuela está obligada a brindar: *Escuchar y leer* comprensiva, crítica, creativa y gozosamente. *Hablar y escribir* con corrección, coherencia, propiedad y elegancia. Para acercarse a

⁴ REYZÁBAL, M^a Victoria (1999): “La lectura y la escritura: saber y placer”, *Alacena*, n° 35, 39-41.

estas adquisiciones ni la especialización, ni el gramaticalismo, ni los teóricos vacíos, ni la miopía intelectual o política tienen algo que aportar. Sigue siendo necesario defender una enseñanza (también de la lengua, literatura o lectura) que alimente la corrección expresiva, que concrete la promoción de la lectura, que abogue por la coherencia en la expresión individual, ya que leer puede que tenga el valor de hacernos más críticos, más reflexivos, más solidarios y tolerantes, más autónomos: puede dar la posibilidad de pensar por uno mismo, con lo que se convierte en herramienta imprescindible (y “peligrosa”, quizá por eso no interese). Otras veces he recurrido a la afirmación de B. Franklin: *“Cuanto más se lee, menos se imita”*. Esta identidad, esta singularidad, esta reserva, nos salvará como seres humanos, su carencia nos convertirá en gregarios expertos, neutros y afanosos por la urgencia de la necesidad de ganar: poseedores de cosas, necesitados (a veces inconscientes) de lo imperecedero, con frecuencia invisible.

La lectura, como el alimento, debe ser variado y completo. Pero también como él ha de llegar a interiorizarse, pues no aprovecha lo que se come sino lo que se digiere. A partir de este símil pretendo establecer algunas diferencias en las utilidades y funciones de la lectura, ya que muchos de sus valores dependen directamente tanto de los objetivos propuestos como de los usos que se pretendan. Pero antes de comentar las diferencias quiero recordar lo que escribía García Montero en uno de los artículos incluidos en el citado monográfico “Defensa de la lectura”: *“[...] en esa edad de oro de la que todos somos supervivientes mediocres, nuestra primera infancia, placer y aprendizaje, juego y verdad, imaginación y descubrimiento, eran términos sinónimos”*. Quizá sea suficiente su significado para no necesitar las diferencias que siguen:

- Lectura de estudio. Buena parte de las destrezas adquiridas en el proceso lector van a ser aprovechadas en el aprendizaje de conceptos y como oportunidades para ir enriqueciendo los bagajes cultural, léxico, gramatical y disciplinar, para comprender y

conocer el mundo que nos rodea. La interrelación de las fases de aprendizaje -la sensatez en la práctica- sistematiza una enseñanza-aprendizaje funcional y autónoma.

- Lectura informativa. Es más superficial y puede aprovecharse para informar e informarse. Igual que a partir de los aprendizajes de la forma anterior, pueden hacerse lectores activos, críticos, creadores. “Un triunfador es un hombre bien comunicado”, sentencia un proverbio americano (del norte). En la actual sociedad centrada en la multimedia lo estamos comprobando (puede sorprender, padecerse o aprovecharse).

- Lectura de profundización (análisis y comentario de textos). “Antes de enseñar a interpretar un texto hay que enseñar a intuirlo, a hacerlo propio”, enseñaba también uno de mis profesores. Cualquier objeto artístico -la literatura lo es- transmite mensajes, pero no son inequívocos y lineales. Los procesos de comprensión han de abarcar los de dos tipos: la comprensión lingüística y literaria, y la afectiva e intuitiva. El profesor de literatura, como el de música o el de pintura, está obligado a contagiar a sus alumnos esa emoción ante la belleza; pero difícilmente podrá hacerlo si previamente él mismo no la ha sentido: “Si vis me flere, dolemdum est primun ipsi tibi” (“Si quieres hacerme llorar, primero tienes que dolerte tú mismo”) reza el precepto horaciano. (Al profesor Humberto Hernández le debo lo anterior. Conviene compartirlo.)

- Lectura de evasión y placer. Leer para soñar, leer para nada, leer porque sí, son también funciones (y valores) que han de enseñarse con la lectura. Yo también creo, con Bertolt Brecht y con Calvino, que *la diversión es una cosa seria* (los lectores lo saben).

LEER PARA COMPARTIR LA LECTURA

La lectura en grupo estaría cambiando la relación con el libro, aseguran los sociólogos americanos. El fenómeno de leer para discutir y discutir para conocerse evidencia tanto la necesidad de cohesión social como ofrece la posibilidad de favorecer la convivencia. Están proliferando experiencias que refuerzan el fenómeno y las

reuniones de lectura, se nos “descubre” (es el libro nuevamente que reclama su derecho imprescriptible a crecer y a darse a conocer). Y sucede también -en relación con la enseñanza- que para educar a otros es necesario haber vivido en persona antes que ellos, es decir, no el simple haber vivido en general sino haber vivido antes el conocimiento que se desea transmitir⁵. Debe entenderse “vivir” en su verdadero significado, el que le requería Ángel González: “*Para vivir un año es necesario morirse muchas veces mucho*”, lo cual tiene que ver también con la emoción, con el sentir la lectura de la misma vida, con el “dolerse” previo, con los valores de la sensibilidad y del sentimiento, ámbitos sobre los que la lectura aporta acepciones, significados y matices.

Desde el mismo momento en que seleccionamos lecturas (narraciones, poesías o ensayos) estamos ofreciendo valores, perfilando una ética, una manera de ser y de vivir, a la vez que planteamos interrogantes o brindamos respuestas. Los valores de la lectura, como primer principio, residen en los mismos textos. Buscar otros puede derivar en adefesio, utilitarismo o literatura terapéutica (“Psicoliteratura”): almonedas o fraudes.

En la denominada lectura del *regazo*, la primera que se comparte en los momentos familiares (abrazar con palabras), igual que en las lecturas de *imitación* de los primeros pasos escolares (compartir maravillas), los participantes saben de la emoción y de las relaciones afectivas que la letra entraña; en la enseñanza secundaria no debería perderse esa complicidad que puede derivar en contagio; en la traducción autónoma del adulto afloran con frecuencia recuerdos, se viven (se crean) experiencias, se integra la reserva que pueda poseerse, se hace más habitable el mundo propio. En todos los momentos -sólo depende de la labor del “mediador”, humano o libro- la lectura puede constituirse como reserva de aliento e ilusión para abrir puertas a la sangre y a la vida, a lo que parece no servir para nada, a su valor primero e imprescindible.

⁵ SAVATER, Fernando, *op. cit.* p.40.